

La jaula de datos.

La pérdida del control de nuestra vida digital.

1. La paradoja de la conectividad.

En 2026 la vida digital es omnipresente. Los europeos utilizamos aplicaciones estadounidenses para comunicarnos, informarnos, trabajar y relacionarnos. Google controla el 91-92% de las búsquedas en Europa. WhatsApp es utilizado por el 85% de los propietarios de smartphones europeos, y por encima del 90% en países como Italia o España. Dependemos de Estados Unidos para más del 80% de nuestra infraestructura digital y el 70% del mercado europeo de la nube está en manos de tres empresas estadounidenses: Amazon, Microsoft y Google.

Nunca hemos estado más conectados ni hemos sido tan dependientes. La promesa de la era digital (una red abierta, descentralizada y democrática) se ha desvanecido. En su lugar, unas cuantas corporaciones controlan los hilos invisibles que sostienen nuestra vida cotidiana.

Este ensayo explora cómo hemos perdido ese control capa por capa: desde los datos, pasando por la infraestructura, el poder individual y, finalmente, la capacidad de decisión política.

2. La pérdida de la privacidad y el negocio de los datos.

El capitalismo de la vigilancia ha convertido nuestros datos en la materia prima del siglo XXI. No somos clientes de las grandes plataformas, somos el producto. Pagamos con nuestra privacidad los servicios "gratuitos" que usamos. Su coste es la cesión de nuestra intimidad.

La paradoja del GDPR (Reglamento General de Protección de Datos) es reveladora: una regulación europea bienintencionada, diseñada para devolver al ciudadano el control sobre sus datos, se ha convertido en una barrera de entrada que protege a los gigantes establecidos y ahoga a los competidores locales.

Cumplir el GDPR es caro y complejo. Para una startup europea, levantar una red social desde cero y enfrentarse a esa maraña legal es un reto desalentador. Para Meta o Google, en cambio, es un gasto operativo más. La regulación que debía protegernos ha consolidado el poder de quienes ya dominaban el mercado.

3. El poder de la infraestructura.

Internet no es una nube, es una infraestructura física de cables submarinos, centros de datos y satélites. El 95% del tráfico global de datos viaja por cables submarinos y ese control ha pasado de las teleoperadoras a las grandes tecnológicas.

Google, Meta, Microsoft y Amazon controlan gran parte de esa infraestructura. Google posee cables como *Curie* (EEUU-Chile), *Dunant* (EEUU-Francia), *Grace Hopper* (EEUU-Reino Unido-España) y *Equiano* (Portugal-Nigeria-Sudáfrica). Meta impulsa *Waterworth*, un cable de 40.000 kilómetros que enlazará el hemisferio sur. Alrededor del 90% del tráfico de datos transatlántico de Europa circula por cables financiados, contruidos o controlados por Amazon, Google y Meta.

La consecuencia es clara, la soberanía digital es una ilusión cuando la infraestructura que sostiene nuestra vida digital está en manos extranjeras. Quien controla los cables controla las comunicaciones. Y quien controla las comunicaciones controla la información.

4. Cuando una persona es más poderosa que un Estado.

Elon Musk no es solo el dueño de X (antes Twitter), también es el principal accionista de Starlink, que opera la constelación de satélites más grande del planeta. De Musk depende el 66% de los satélites operativos a escala global. A finales de 2025, Starlink generó 11.400 millones de dólares en ingresos y 4.400 millones en beneficios operativos.

Starlink es una infraestructura crítica de comunicaciones controlada por una empresa privada estadounidense. Musk tiene el poder técnico de ralentizar, priorizar o bloquear comunicaciones a escala global.

De forma análoga, en X se han concentrado las decisiones editoriales en una sola persona, desmantelando equipos de moderación y priorizando algoritmos que monetizan la polarización y moldean la opinión pública.

El poder de Elon Musk sobre la información y las comunicaciones globales es comparable al de un Estado, pero sin rendir cuentas. Ningún gobierno europeo tiene la capacidad de decidir quién se conecta y quién no en una zona de conflicto. Elon Musk sí.

5. La democracia como mecanismo de dominio.

La dependencia tecnológica no solo es un problema de infraestructura. Es, ante todo, un problema político. Y su dimensión más inquietante es el control que las grandes tecnológicas y Estados Unidos ejercen sobre quienes deberían defender la soberanía europea: sus propios dirigentes políticos, ya sea a través de los organismos comunitarios o de las administraciones públicas nacionales.

5.1. La espada de Damocles digital.

En 2013, The Guardian reveló que la Agencia de Seguridad Nacional de Estados Unidos (NSA) había intervenido los teléfonos de 35 líderes mundiales. No era una operación puntual, era su sistema. La NSA había accedido a sus comunicaciones, sus mensajes, sus contactos y sus desplazamientos.

Esa información no se utilizó para amenazar explícitamente a nadie. No hizo falta. Bastó con que los dirigentes supieran que sus comunicaciones podían ser interceptadas y que cualquier decisión que perjudicase los intereses de Estados Unidos podría ser respondida con la filtración de un detalle embarazoso de su vida privada.

La espada de Damocles digital no necesita caer sobre nadie. Con estar colgada cumple de sobra su función. Y en estos momentos, con el control que las Big Tech ejercen sobre las comunicaciones globales, esa espada es más afilada que nunca.

5.2. El sistema político como mecanismo de control.

La democracia liberal, en su versión actual, no es un contrapeso al poder de las élites, sino un mecanismo que éstas han aprendido a utilizar para mantener su influencia.

La industria tecnológica actúa como el mayor lobby de la Unión Europea. En 2025, las empresas tecnológicas gastaron 151 millones de euros en este tipo de actividades, un 33,6% más que dos años atrás. Meta lideró el "esfuerzo" con 10 millones de euros, seguida de Apple, Microsoft y Amazon con 7 millones cada una. Hay más lobistas de Big Tech trabajando en Bruselas que eurodiputados.

El resultado es un sistema que alinea las actividades de quienes deberían regular a las grandes tecnológicas con sus intereses. No se trata de corrupción explícita, sino de actividades que se realizan por inercia, miedo o conveniencia (con frecuencia, los lobistas realizan el trabajo de los dirigentes políticos, facilitándoles todo tipo de propuestas "interesadas").

5.3. La dependencia como diseño.

Este mecanismo no es un accidente. Es el resultado de un diseño estratégico que combina tres elementos:

1. **Dependencia militar:** Europa sigue bajo el paraguas de la OTAN, lo que condiciona cualquier decisión autónoma.
2. **Dependencia tecnológica:** más del 80% de los productos, servicios, infraestructuras y propiedad intelectual digitales de la UE dependen de Estados Unidos.
3. **Dependencia informativa:** los dirigentes saben que sus comunicaciones pueden ser interceptadas y utilizadas en su contra.

Esta triple dependencia convierte a la democracia liberal europea en un sistema diseñado para servir a los intereses de EEUU, no para defender la soberanía de sus ciudadanos. No es que la democracia haya sido capturada, es que la democracia, en este contexto, es el mecanismo de captura.

6. La dimensión geopolítica.

La dependencia tecnológica no es neutral, es una relación de poder asimétrica. Estados Unidos utiliza su dominio tecnológico como herramienta de influencia geopolítica. El acceso a los datos, la infraestructura y los satélites son armas estratégicas.

La Unión Europea, atrapada en su propia regulación, ha optado por ser el "regulador ético" del mundo. Pero esa ética nos ha convertido en dependientes. Cumplir nuestras propias normas es tan costoso que solo los gigantes estadounidenses pueden afrontarlo. China, en cambio, ha construido su propia soberanía digital sin limitaciones que obstaculicen su desarrollo.

La paradoja final es cruel. Europa protege a los ciudadanos a costa de mantenerlos atrapados en un ecosistema ajeno. Sus datos alimentan la maquinaria publicitaria de Silicon Valley, su opinión pública es moldeada por algoritmos diseñados en California y su voluntad política es condicionada por el miedo a la exposición.

7. El juego imperial.

Los ciudadanos europeos no perciben la situación porque han sido educados en la ficción de la neutralidad tecnológica. Usar Google, WhatsApp o X es tan inevitable como respirar. La dependencia se ha naturalizado.

Las élites políticas europeas, formadas en escuelas de negocios americanas y con intereses entrelazados con las grandes corporaciones, perpetúan esta dependencia por indolencia, miedo o comodidad. No hace falta una conspiración, basta con que los intereses personales y los corporativos se difuminen en un ecosistema de influencia compartida.

Mientras tanto, el poder real sobre nuestros datos, la infraestructura y la opinión pública sigue concentrado en unas pocas manos, al otro lado del Atlántico. Y nosotros, los ciudadanos, continuamos siendo el producto que se paga a cambio de no tener que construir nuestro propio futuro.

8. Recuperar la soberanía o aceptar la dependencia.

La soberanía digital no se logra solo con regulación, se consigue con infraestructuras propias, con alternativas europeas y con voluntad política.

Mientras no dispongamos de nuestras propias redes sociales, de nuestra propia nube e infraestructuras (de titularidad pública, por su importancia estratégica), seguiremos siendo el producto que se paga a cambio de no tener que construir nuestro propio futuro. El desafío no es técnico, es político.

La jaula de datos en la que vivimos no tiene llave, pero sí tiene puerta. La cuestión es si estamos dispuestos a abrirla.